

Vanessa Suárez

Estudiante Quinto Semestre Programa de Lengua Castellana y Literatura

Kentukis, Samanta Schweblin, Random House, Argentina,
2018, 224 pp.

Samanta Schweblin, cineasta y escritora argentina, hasta el momento ha publicado tres libros de cuentos y dos novelas: *Distancia de rescate* y *Kentukis*. ¿Qué ha pasado por la mente de la autora que, después de resaltar temas hogareños en un mundo rural, con una marca terrorífica en *Distancia de rescate*, se sumerge a escribir una novela relacionada con tecnología? Schweblin ha demostrado que su creatividad y originalidad traspasan límites, que al plasmarlos en papel superan cualquier frontera para hacerse del mundo entero con su magia literaria.

Kentukis es una novela sin límites. No es una historia lineal, sino, son varias historias a la vez, que tratan temas como la tecnología, la privacidad, las relaciones y la intimidad, todo lo anterior, sin límites. El sistema Kentuki permite que dos desconocidos de cualquier parte del mundo se conecten a través de un dispositivo electrónico cubierto de felpa, parecido a un peluche, que simula ser una mascota y cuenta con cámara y un par de rueditas que posibilitan su movimiento. En el mercado de la novela de Schweblin se encuentran kentukis conejos, topos, dragones, diversas figuras que tendrán una única conexión con quien se halla al otro lado de la pantalla de una tablet o de una computadora, y que haya podido adquirir dicha conexión con el fin de ser dueño del kentuki, no del físico, sino del “ser” como le llama Schweblin, el que fisgoneará los rincones de la casa y conocerá el carácter y personalidad de quien será su “amo”; es decir, el “ser kentuki” es la persona que tendrá el poder de manejar esta especie de mascota sin que su amo o ama sepa su identidad.

Intrigante, moderna y atrevida. De esa manera, Samanta Schweblin logra narrar cada una de las historias y, a través de su invención, nos lleva a recorrer diferentes partes del mundo. Diez excelentes sucesos que nos ayudan a descubrir la intención que Schweblin quiere expresar, pero solo cinco logran desarrollarse de

manera profunda. Hay historias que persisten en escasas páginas, en donde se muestra el inicio, la trama y el desenlace, como en el caso de la primera, aquél inicio logra enganchar al lector, y aunque después se da cuenta que los personajes se van cuando se va la historia, querrá seguir leyendo, porque la autora ha sembrado la intriga, de hecho, su manera de escribir es tan perfecta y perspicaz que desordena las historias de tal forma que el lector no puede desprenderse de la lectura, porque mantiene en vilo toda la narrativa.

Inquietante, es el mejor adjetivo que describe su estilo. Schweblin, en su novela, dibuja una línea de perversión en cada historia, y acude al poder de cada personaje para exponer la relación entre el amo del peluche y su controlador, y entonces, es cuando muestra el verdadero dominio de los personajes que han tenido la fortuna de ser brillantados por la imaginación de su autora. El amo posee el poder físico sobre el kentuki, mientras el “ser” refleja su poder en la mirada. Con esta perspectiva de escritura, Schweblin esclarece la diferencia entre el ojo y la mirada, indagando hasta dónde cada uno es responsable de la misma, y no me refiero solo a la mirada de los personajes, sino a la de cada lector, porque es tan evidente la conexión emocional que la autora utiliza para que el lector y el texto puedan volverse uno solo, que logra que encajen de manera tan precisa como una llave en su cerradura.

Schweblin se juega el papel de ser la reveladora de un futuro no muy lejano. Para nadie es secreto que actualmente el mundo de la tecnología se ha vuelto un imperio dominante que atrapa a humanos de cualquier edad, principalmente jóvenes y niños. Los personajes de *kentukis* varían de forma singular, existen personajes de todas las edades. Emilia, por ejemplo, es una peruana que desarrolla el papel de “ser” kentuki de una coneja que reside en el apartamento de una chica alemana; ella tiene 64 años, pero se siente lozana y activa. Marvin, en cambio, es un chico púbero, adicto a su kentuki, que demuestra su capacidad ante sus compañeros de manejarlo, aventurándolo a ser libre, a lograr el placer de experimentar lo deseado: conocer la nieve sin salir de su escritorio. Emilia se limita a observar a su ama y lo que acontece a su alrededor, Marvin, a experimentar; con

estos dos personajes, Samanta Schweblin muestra la innovación entre experimentación-contemplación que se efectúa a través de las nuevas tecnologías. Pero la característica común de los personajes de *Kentukis* es indagar en el mundo del otro y el ser mirado, acción que se logra fácilmente mediante el kentuki, un peluche que compra cierta persona conociendo que va a ser observado por un desconocido.

¿Existen límites éticos para los kentukis? Como lo había mencionado anteriormente, *Kentukis* es una novela que difícilmente plantea límites, es por eso que pasan casi por desapercibidos al leer. En los personajes de la novela, la ética corre muchos riesgos. En la primera historia, se evidencia un caso de extorsión, en otro, trata de blancas, amenazas, irrespeto por la intimidad y privacidad, no solo de las personas que son observadas, también se da el caso de intromisión a la privacidad del “ser” kentuki, que opta por también ser amo de uno. Estos relatos permiten transitar la vida cotidiana, descubriendo el grado de voyerismo que expone la gente frente a desconocidos, la complejidad que subyace a enfrentarnos con la tecnología y sumergirnos en ese universo que repentinamente rompe con un registro aparentemente normal y controlado y representa lo que, en sí, es la propia vida. Schweblin logra transmitir la intención de su narración, en tanto ¿la gente es o parece ser?

El lenguaje es clave principal entre los personajes de *Kentukis*. Si el lenguaje cumple una función social comunicativa, con el fin de entender y ser entendidos, en el mundo de los kentukis sucede lo contrario, cuando el amo del peluche desea establecer comunicación con la persona que lo controla, o viceversa, hay conflicto. Schweblin pretende acercar a las figuras de su novela, utilizando distintos medios para que sus personajes puedan entrevistarse: código morse, la tabla ouija, un traductor incorporado en el dispositivo, chat y otros mencionados en diferentes historias. Así, Schweblin resalta la importancia de saber con qué tipo de lenguaje deben trabajar sus personajes para establecer comunicación y que el mensaje llegue de una forma clara del emisor al receptor; al ahondar su objetivo, la autora logra que su propósito sea aún más interesante: cambiar el cometido de la

comunicación por completo, para que el lenguaje revele las verdaderas intenciones de los personajes y, por ende, aparezcan diversos conflictos, hasta el punto de abandonar a sus kentukis o las conexiones que habían adquirido para manejarlos, con esto, simplemente huyen, deseando no volver a manifestarse.

La tecnología que invade a *Kentukis* muestra la manera en que se transforman los seres humanos al enfrentarse con la conectividad, el riesgo que se corre al colocar más información de la cuenta, con la diferencia que el kentuki va a estar mirando a su amo hasta en sus espacios más íntimos y privados. ¿Es posible comunicarse fácilmente con las demás personas como se hacía antes de la llegada de los kentukis, y en general, de la tecnología? Schweblin revela los estragos que pueden causar las nuevas tecnologías, que conlleva la falta de comunicación y, peor aún, la nula relación interpersonal física: la soledad.

Es evidente el cuidado y la sutileza con que Schweblin plasma en el papel sus mejores ideas, es delicada y asertiva con la creación de las atmósferas para que cada palabra logre llegar al cuerpo y llenar la mente del lector. En conclusión, esta novela es cautivante, en cada historia se encuentra un lazo que sujeta al lector para que indague más, no le permite seguir tranquilo con la lectura, deja la sensación de querer regresar a las anteriores páginas una y otra vez, gana la intriga por saber qué pasará; así, al final resulta que lo que se pensaba era una manera, es de otra. El sabor de la lectura de *Kentukis* depende del gusto intelectual y el coraje de cada lector.